

«¡ARISTOTÉLICO SIEMPRE!»*

Tal fue la inmediata respuesta de don Jorge a la primera pregunta mía, sobre su temple intelectual, hecha, hace algo más de veinte años, en el *otro* Cambridge, el ultramarino, y sede del «Colegio Harvard», desde 1636. Quizás no sea del todo ocioso precisar que un número apreciable de los «colegiales» del último año (los *seniors*) que aspiran a graduarse con «honores» presentan una tesina o un trabajo equivalente. De ahí que dos alumnos de la promoción de 1971 —John Ballantine y Miguel Marichal— propusieran a don Jorge ser el «asunto» de una película, *Fe de vida* (propiedad actualmente de la benemérita institución de Nueva York, The Hispanic Society of America): ¿está de más decir que el poeta aceptó muy entusiasmado la propuesta de los muy novicios cineastas! No puedo, por supuesto, relatar el «rodaje» de *Fe de vida*: baste indicar, para nuestros propósitos, que participé como interrogador entre bastidores cuya voz se grababa junto con la de Guillén. Resultó ser, ¡claro está!, un encargo singularmente beneficioso para un guillenista casi clandestino que año tras año comprobaba cómo los aprendices de humanismo hispánico encontraban en Cántico breviaros permanentes para sus propias vidas.

La pregunta aludida al comienzo de estas líneas era un fácil «anzuelo», mas no dejó de sorprenderme la celeridad y la firmeza de la contestación de Guillén: «Se ha dicho que en la historia de la lírica occidental hay dos linajes espirituales, el de los platónicos y el de los aristotélicos». Añadiendo el interrogador: «¿cómo se definiría usted, don Jorge, en cuanto poeta europeo de este siglo?» Reímos a la par, tras su nada inusitada definición: «¡Aristotélico siempre!» Mis recuerdos no

* *Revista de Occidente* (Madrid), número 144 (1993), pp. 57-60 [Número monográfico dedicado a Jorge Guillén].

alcanzan a reconstruir el resto del diálogo ni, en verdad, para los propósitos de la «película» cabía prolongar mi pregunta. Si pueden ser, en cambio, útiles, ahora, para la «historia» interna de *Cántico*. Es más, el confesado «aristotelismo» de Guillén podría, incluso, apuntar a una clave de su «filosofía» lírica. Recurramos así al muy revelador (¡más, desde luego, de lo que creía el mismo don Jorge!) *El argumento de la obra*, edición original, Ocnos/Llibres de Sinera, Barcelona, 1969:

¿Poesía pura? Aquella imagen platónica no admitía realización en cuerpo concreto. Entre nosotros [los poetas del «27»] nadie soñó con tal pureza, nadie la deseó, ni siquiera el autor de *Cántico*, libro que negativamente sé define como un anti-*Charmes*.

Aunque, insiste Guillén, «Valéry, fue leído y releído con gran devoción por el poeta castellano». Recordemos que *Charmes* data de 1922, y que Guillén concibe e inicia su *Cántico* en la primera hora triunfal de Paul Valéry, Encasillarle en un rígido «platonismo» sería, desde luego, empobrecer a uno de los grandes poetas de este siglo (¡y de otros!).

Del mismo modo que si viéramos en Guillén a un «aristotélico» *puro* se nos escaparía la excepcional singularidad de su quehacer poético en la España —y, obviamente, en la lengua castellano-americana— de este segundo «siglo de oro» (¡y no de plata!) de la cultura hispánica. Precisamente la orientación «aristotélica» de Guillén cobra su verdadero significado situándola en la historia intelectual de la *España moderna*. Es más, la poesía de Guillén es en sí misma, un instrumento modernizador de España. O como lo condensó el mismo don Jorge: «Queremos más España / ... / Queremos un paisaje con historia». Mencionemos a este propósito un breve ensayo de Guillén en la revista *La Pluma* —1920-1923: dirigida por Manuel Azaña— donde (¿en 1922?) pide a los españoles que aspiren a resolver «los problemas de España» olvidándose, para siempre,

del tan traído y llevado «problema de España». Disposición anímica que se mantendrá hasta, por ejemplo, la conmoción generada por el *monumental* libro de Américo Castro *España en su historia* (1948). Esto es, Guillén se sitúa firmemente en la tradición liberal (¡y agresivamente europea!) hispánica, de condición tan penosamente excepcional: «En torno siempre de una noria/se queda al margen de la Historia» (*Guirnalda civil*, Cambridge, 1970). Aunque don Jorge tuvo la fortuna de poder incorporarse —con su persona y palabra— a la España de la restauración democrática.

En ella encontraba, además, su poesía la justificación de su medida «aristotélica». O dicho en sus propios términos (*El argumento de la obra*, ed. cit., p. 20):

Entre las obras de los hombres resaltan algunas que permiten vislumbrar la categoría de la perfección realizable y realizada, muy diferente de la imposible perfección ideal, lejos de cualquier arquetipo platónico.

Es, pues, manifiesto que la poesía de Guillén representa —en forma insuperable (añadiría)— la conciencia terrenal de la generación de 1914, que es la suya (y la de Ortega). Aquí habría, ahora, de considerar ampliamente la primera fase de la biografía intelectual de don Jorge (¡y la biografía *tout court!*). Así, volviendo al *rodaje* punto de partida de esta aproximación al «aristotelismo» guilleniense, recuerdo que le pregunté por sus estudios (al nivel de bachillerato) en Friburgo, Suiza, con maestros franceses del Oratorio, en los cursos 1909-1910 y 1910-1911. ¿Cabría conjeturar que habría en Guillén una huella oratoriana? De todos modos como no disponemos para la historia intelectual española de un magno estudio como el de Henri Bremond (*Histoire littéraire du sentiment religieux en France*) apenas existe documentación adecuada para explorar el tema

indicado. Sospecho, sin embargo, que hay ahí, en la Maison Perreyve de los oratorianos franceses (emigrados seguramente a consecuencia de las leyes anticlericales de la Tercera República a principios del siglo), un campo biográfico valioso para la biografía intelectual de Jorge Guillén, «aristotélico siempre».